Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

93 **Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información" (II)**



Suplemento especial de
Página|12

VLAD III, DRÁCULA, “EL EMPALADOR”, CONTRA LA HIDRA COMUNISTA

El mundo era más grande en 1955 y también en 1970. Todo parecía lejos. Si a esto le añadimos la tendencia del peronismo juvenil a considerarse un fenómeno único, no comparable con nada ocurrido en América latina o Europa, el provincianismo viene a reforzar la lejanía. El mundo era lejano y nosotros no teníamos demasiado que ver con él. La historia pasaba por aquí. Se sentía uno en medio de una coyuntura tan excepcional que no había nada con qué compararla. Esto llevó a desatender otros procesos, otras historias. Veremos que el golpe de Chile, la caída de Salvador Allende, no inquietó a la Tendencia del modo poderoso en que debió haberlo hecho. Chile estaba del otro lado de la cordillera. Allende había exagerado “el camino de la vía pacífica al socialismo”. ¿O no le gritaban sus propios militantes *Basta ya de conciliar/ Es la hora de luchar*? Apenas cayó aparecieron libros que no hacían sino insistir en el error central de don Salvador: el pacifismo, la idea peregrina de llegar al socialismo por medio de la democracia. Uno de los principales llevaba por nombre: *Chile, la vía pacífica al desastre*. En suma, la derrota de Allende sirvió aquí y en todas partes para fortalecer la opción por los fierros, por la violencia. El Estado capitalista (que es la organización social y política de la violencia) sólo caerá si se le opone una fuerza mayor. Todo otro camino es ilusorio, ingenuo. En el fondo, reaccionario. Va en contra de la revolución. Aquí –por suerte– estaban las organizaciones armadas. Estaba el movimiento peronista, los millares y millares de militantes y estaba Perón. Llevábamos, además, 18 años de gobiernos no democráticos, ¿cómo iban a dar un golpe tan pronto? Chile fue inesperado. El Ejército siempre había respetado el orden institucional. Era la primera vez que no lo hacía. El mismo Allende se sorprendió cuando le dijeron que Pinochet estaba al frente de los sublevados: “¿Pinochet? ¿Mi amigo Pinochet?”. Y el golpe de Pinochet pertenecía a la estrategia norteamericana. No querían marxismo en América latina. Veían a Allende como a otro Castro. Pero aquí la juventud era peronista. Era nacional y popular. Estaba en contra del imperialismo yanki pero también del soviético. No como los macartos que gritaban ni yankis ni marxistas, sino más bien ni yankis ni soviéticos. Socialistas de América latina. Amigos de la Revolución Cubana. Pero se estaba en la búsqueda de un socialismo nacional. De una creación propia. El socialismo no venía hacia nosotros. Nosotros lo creábamos desde adentro. El internacionalismo no nos fascinaba. Eso era cosa de viejos marxistas. Se buscaba la unidad latinoamericana y la liberación nacional y social de la patria. Pero no bajo los moldes establecidos del dogmatismo soviético.

Todo esto era chatarra para la contrainsurgencia. No había “movimientos nacionales de liberación”. Sólo había una guerra contra el marxismo. Con dos polos: los Estados Unidos y la Unión Soviética. El resto del mundo (sobre todo el Tercer Mundo) era el terreno de combate. Ese combate (al que se llamaba Guerra Fría) era nada menos que la Tercera Guerra Mundial. Se estaba de un lado o del otro. Y los que estaban contra el Occidente cristiano eran marxistas. De aquí el error de interpretación en que se incurre con *La batalla de Argelia*. Eso que para la izquierda peronista y hasta para Fanon y para los guerrilleros argelinos era una lucha por la descolonización era *otra cosa* para Occidente, para la contrainsurgencia. Era una revolución marxista. Se encuadraba dentro del propósito marxista de apoderarse del mundo. Cuesta penetrar en una paranoia tan marcada. Hoy se ha desplazado al concepto del “terrorismo internacional”. Pero el “avance del comunismo” y su poder para destruir todos los valores de Occidente es el fundamento de las doctrinas de contrainsurgencia. Es notable, además, hasta qué punto están convencidos de enfrentar a un monstruo totalitario que ha destruido a lo largo de su historia cerca de 70 millones de vidas humanas. Alberto Rodríguez Varela es un hombre de la organización del poder contrainsurgente en la provincia de Buenos Aires durante la dictadura que se instaló en 1976. También es el prologuista del libro del general Díaz Bessone, *Testimonio de una década*. Y –aunque no figura su firma– le pertenece el *Prefacio de guerra revolucionaria en la Argentina* (1959-1978), también de Díaz Bessone. Afirma que ningún otro grupo terrorista en el mundo tuvo tanta peligrosidad como los que actuaron en Argentina. Superaron a la ETA, al IRA y a las Brigadas Rojas. Esto lleva a justificar la necesariedad de una respuesta extrema por parte del poder contrainsurgente. Rodríguez Varela deduce que “un tan avanzado grado de peligrosidad” implica que la tarea de reprimirla quede “liberada de responsabilidades éticas” (Prefacio a *Guerra revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*, Círculo Militar, Edición conjunta con el Centro Naval, Buenos Aires, 1988, pp. 6/7). Es central en el razonamiento de justificación de las atrocidades de la represión procesista aumentar la peligrosidad de la guerrilla en la Argentina. Toda contrainsurgencia lo hace. Si la insurgencia tiene mucho poder, si sus militantes se cuentan de a miles, la contrainsurgencia debe estar a la altura del peligro que enfrenta. En medios y en métodos. Los medios deben ser numerosos y los métodos no deben someterse a ninguna ética. Sobre el “comunismo internacional”, Rodríguez Varela adhiere a la vieja idea de la *hidra* que expresa la paranoia anticomunista. Ya Nietzsche, en una carta que envía desde Basilea al barón Carl von Gersdorff el 21 de junio de 1871, escribe: “Sobresaliendo por encima de la lucha de las naciones, nos asustó la espantable cabeza de la hidra internacional (*Se refiere a la Comuna de París,* J. P. F.) que apareció de repente, como anuncio de otras luchas muy distintas en el porvenir” (Fredrich Nietzsche, *Epistolario*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, p. 95). ¿Por qué “por encima de la lucha de las naciones”? Nietzsche sabe lo que dice. La guerra franco-prusiana era una guerra decisiva. Sobre todo tal vez para Alemania, que consagraría con ella su unidad nacional. Pero el proletariado tomó París e instaló la Comuna. ¡No, eso no podía suceder! Las *naciones* suspendieron su guerra y se unieron para aplastar a la Comuna. El verdadero enemigo. Algo similar le decía el aventurero y acaso demencial pero atendible general Patton al Estado Mayor Aliado: “Hay que armar a los batallones de los SS y seguir la guerra hasta Moscú. Esta guerra que acabamos de ganar fue una pérdida de tiempo debida a las alucinaciones de un loco y a los delirios de grandeza de una nación equivocada. Ese error está atrás. Ahora los necesitamos. Marchemos todos unidos, todas las grandes naciones de Occidente (entre las que Alemania es fundamental) contra la hidra comunista”. Murió algo misteriosamente cayéndose de un caballo. Himmler pensaba entregarse y proponerse –él y sus SS– para una nueva guerra conjunta contra el frente oriental. No fue así. Pero sí con la Comuna de París. Lo dice Marx en un texto por demás expresivo: “El hecho sin precedente de que, en la guerra más tremenda de los tiempos modernos, el ejército vencedor y el vencido confraternicen en la matanza común del proletariado (...). La empresa más heroica que aún puede acometer la vieja sociedad es la guerra nacional. (Por ejemplo: la de Prusia contra Francia, J. P. F.). Y ahora viene a demostrarse que esto no es más que una añagaza (ardid, artimaña, treta, astucia, trampa, engaño, argucia, falacia, engañifa, coartada, J. P. F.) de los gobiernos destinada a aplazar la lucha de clases, y de la que se prescinde tan pronto como esa lucha estalla en forma de guerra civil. *La dominación de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional: todos los gobiernos nacionales son* uno solo *contra el proletariado*” (Marx, Engels, *Obras escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1955, p. 566). Este libro se lo compré en 1965 a Abel Langer, librero, que tenía en una especie de caverna de la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Viamonte estos materiales malditos por Occidente y la contrainsurgencia nacional. También le compré muchos otros. “¿Quiere un ejemplo de democracia?”, me preguntaba Massuh tomando un café en el Jockey Club de Florida y Viamonte. “Esta Facultad lo es. Con ese Langer que vende libros marxistas y todos esos jóvenes que se los devoran. Y este Gobierno (Illia) lo permite. ¿Quiere un ejemplo de dictadura? ¡Perón, amigo Feinmann! ¡Perón!” También Perón, según hemos visto y recordamos en este contexto, había advertido sobre la hidra internacional. Lo hizo por medio de su adjunto eclesiástico a la Presidencia de la Nación, de su diputado nacional Virgilio Filippo. Hernán Benítez (que habrá de despedir los restos de Fernando Abal Medina) era el consejero de Evita. Filippo, muy cercano a Perón. También había escrito *El monstruo comunista*. Recuerdo el susto que me di de pibe cuando lo vi en una librería: era una serpiente de muchas cabezas, con la boca abierta, presta para morder, y dientes enormes, que ni Drácula. Era la *hidra*. (*Nota importante*: ¿Qué es la hidra? ¿Por qué ese monstruo mitológico se ha convertido en la cifra perfecta del comunismo? Insisto: *Hay que entender la patología de la paranoia anticomunista para entender por qué la lucha que emprendieron fue internacional*. Para ellos el comunismo también lo era. Quería conquistar todo y destruir todos los valores de la cristiandad y de la sociedad capitalista. Aun Nietzsche –que detestaba al cristianismo– se sorprende y se asusta con la aparición de la hidra. Vayamos a Grecia. Hércules, héroe de Tebas e hijo de Júpiter y Alcmena, ya sufre en su cuna la agresión de dos serpientes que le envía Juno, su enemiga mortal. Nada pueden con él las serpientes. Hércules, aún pequeño, las estrangula. Crece fuerte y se consagra el hombre más poderoso, valiente de su tiempo. ¿Puede ser esto tolerado por Euristeo, que posee el reino de Micenas? Euristeo, tiránico, *le encarga los doce trabajos de Hércules*. Terrible es el segundo. Las tierras de Lerna, cerca de Argos, son asoladas por una *hidra horrorosa*. Monstruo de siete cabezas. Pero no piensen que si le cortan una o dos zafarán del problema. No: ¡la *hidra* es como el comunismo! Se reproduce. Se le corta una cabeza y le vuelve a crecer. Ya veremos a Díaz Bessone diciendo: “Están por todas partes. Son jóvenes estudiantes, un diariero, un empresario, un abogado, un almacenero”. Es Kevin McCarthy y los usurpadores de cuerpos: “¡Usted puede ser el próximo!”. Aún peor sucedían las cosas con la *hidra: si se le cortaba una cabeza crecían dos*. Hércules, que era Hércules, harto de cortar cabezas que se reproducen, incendia los cañaverales en que las hidras tenían sus sucias guaridas y libra a la humanidad de este flagelo. En suma, a la *hidra* internacional hay que quemarla viva. No en vano tanto Napalm arrojaron los norteamericanos sobre el Vietcong. Y no alcanzó.)

¿QUÉ ES EL EMPALAMIENTO?

Rodríguez Varela dice que el comunismo se infiltra por medio de las instituciones democráticas de Occidente. Pasa revista a todas las frases de los grandes líderes del marxismo que inducen a su expansión. No deja uno en pie. Todos quieren devorarse a Occidente. Al Che Guevara lo cita como a un delincuente: Ernesto Guevara (a) “Che”. Acude a todos los papas que han condenado a la *hidra*: Pío IX, León XIII, Pío XI. Sobre éste dice: “En *Divini Redemptoris* Pío XI define al comunismo ateo como un satánico azote” (Rodríguez Varela, *Ibid.*, p. 369). Sigue: Pío XII. Se detiene en él. Ha dicho que el comunismo amenaza a la libertad con el terror, “que hacen (los comunistas) de las masas otras tantas armas de su política; que hacen imposibles la paz interior y exterior”. Y deduce: “Acorde con esta enseñanza, el 1 de julio de 1949 el Santo Oficio decretó que ‘no es lícito afiliarse a los partidos comunistas o prestarles apoyo’” (Rodríguez Varela, *Ibid.*, p. 372). Sigue con Juan XXIII. Con Paulo VI. Con Paulo XI. Con Juan Pablo II. Y no llega a Benedicto XVI. Acude a Solzhenitsyn: “Le inquieta al gran escritor ruso que hayamos ‘perdido a Dios, el Todo, el Altísimo, que antaño fijaba un límite a nuestras pasiones’” (R. Varela, *Ibid.*, p. 379). Que nadie diga que estamos en presencia de un oscurantista. No, así fueron los militares de la seguridad nacional. ¿A quién creen que le rezaba Videla durante el Juicio a las Juntas? Al Altísimo en cuyo nombre había cometido todo tipo de atrocidades. ¿Es servir a Dios torturar a embarazadas, robar niños, fusilar a meros sospechosos, empalar a seres humanos como lo hacía Vlad III, Drácula, “El Empalador”? ¿Saben qué es empalar a una persona? Permítanme hablar de Vlad Tepes, brevemente, ya que es el dueño de esos horrores. “Drácula (escribe Matei Cazacu en un libro arduamente documentado) era un tirano que superaba en crueldad a Herodes, Nerón y Diocleciano y a todos los verdugos que el mundo había conocido (...) En primer término, su suplicio preferido, el empalamiento. De origen sin duda asirio, había sido ‘perfeccionado’ merced a la utilización ya no de picas agudas, que mataban de modo veloz a los ‘pacientes’, sino redondeadas y embebidas en grasa para prolongar el suplicio. Introducido en el recto, el palo, sobre el que se hacía descargar todo el peso de la víctima, horadaba una senda sin lesionar órganos vitales y volvía a salir por la boca sin matar. Así expuesto, el desdichado moría de sed al cabo de dos o tres días, los ojos comidos por los cuervos pero en sus plenos cabales (...) el príncipe, con gran frecuencia, gustaba tomar sus comidas en una mesa a la vera de sus palos, conversando con sus ‘invitados’ y brindando a su salud (...) empalamientos de hombres, de mujeres y de niños por millares (a veces, madres con su pequeño en brazos), a los que se sumaban veinticinco mil turcos (que habrán aprendido el ejercicio inaudito de la crueldad para imponerlo en el genocidio armenio: el padecimiento extremo pareciera que, lejos de llevar a un pueblo a no aplicarlo sobre otro por conocer ese dolor, lo incita a hacerlo, como si quisiera vengarse en ese otro de lo que él padeció, J. P. F.)” (Matei Cazacu, *Vlad III, Drácula, vida y leyenda de “El empalador”, príncipe de Valaquia*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 2006, pp. 20/21). ¿Debo incurrir en la piedad de no horrorizar más a quien esto lee? Sin embargo, en la ESMA nuestros piadosos hombres de Dios hicieron estas cosas. Por ejemplo: “Festín durante cuyo transcurso Drácula había servido a sus nobles escarabajos alimentados con el cerebro de sus parientes y amigos; pira donde quemó a todos los mendigos y tullidos de su región; madres forzadas a comer a sus hijos rostizados; maridos obligados a hacer otro tanto con los senos cortados de sus esposas (...). El cinismo y los sarcasmos con que el tirano acicateaba a sus víctimas volvían aún más penosas esas atrocidades. Cuando ellas gritaban bajo tortura, Drácula exclamaba: ‘Oigan este agradable pasatiempo y esta deliciosa delectación’. O bien, ante el espectáculo de los empalados que se sacudían convulsivamente en agonía: ‘¡Ah, con qué prestancia y qué ritmo se agitan!’. A los pobres y mendigos que hizo quemar en dos grandes calderos les dijo que deseaba ayudarlos a ganar cuanto antes el paraíso para que no sufrieran más en la tierra. Por último, a quienes preguntaban por qué se ensañaba de esa forma, contestaba, citando a San Pedro, que los soberanos son designados por Dios para castigar a quienes hacen el mal y recompensar a quienes obran bien” (Matei Cazacu, *Ibid.*, pp. 20/21/22).

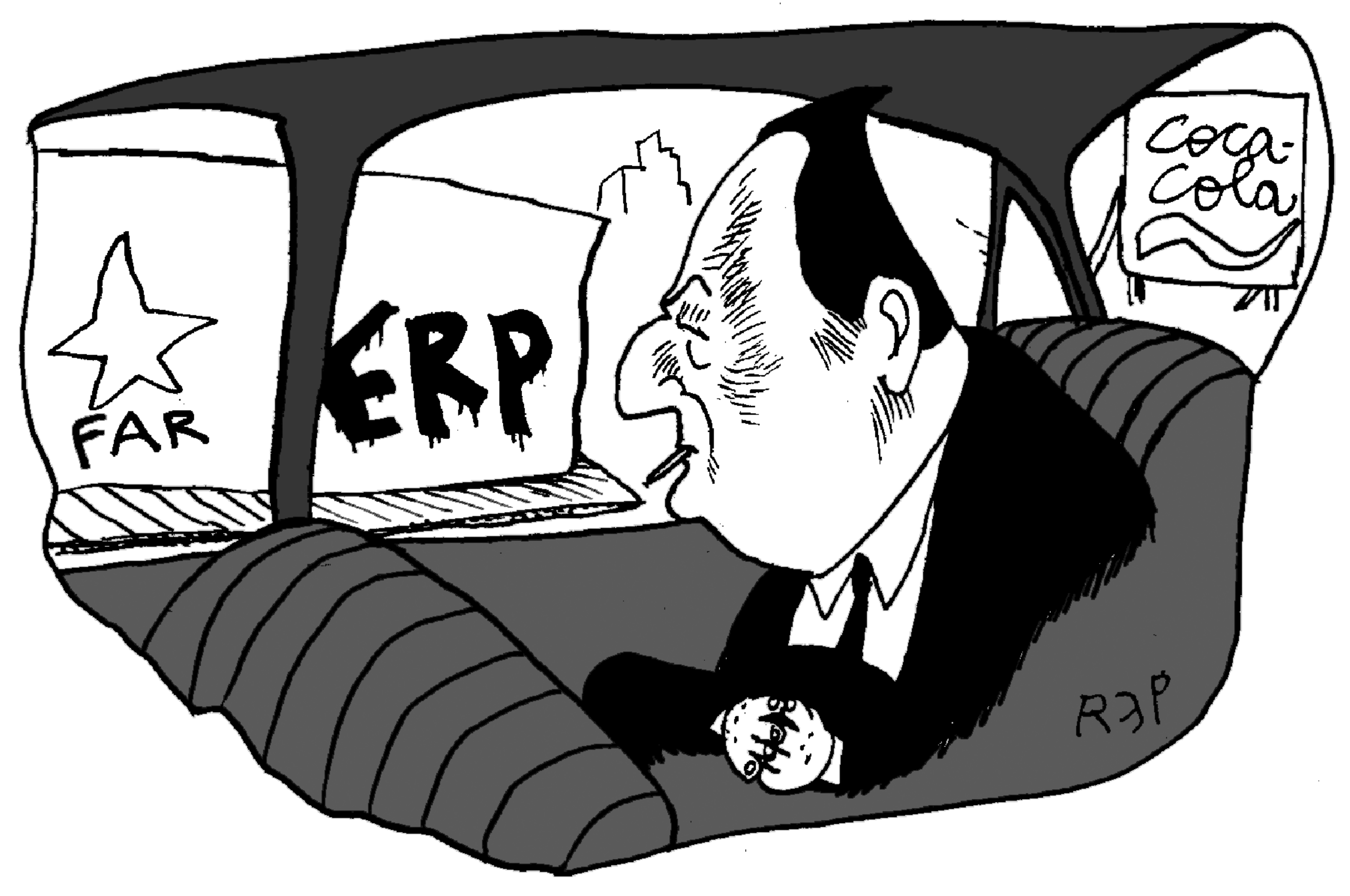
INSURGENCIA Y CONTRAINSURGENCIA EN LA BATALLA DE ARGELIA

Entramos –era ya impostergable– en el análisis del film más importante de la modernidad revolucionaria y contrarrevolucionaria. Sirvió a los dos bandos. A unos y a otros. Los insurgentes se sintieron alentados a la lucha. Los contrainsurgentes aprendieron cómo combatirlos. Extraño destino el del film de Gillo Pontecorvo. Saludado y venerado tanto por Santucho como por los implacables, sanguinarios generales Paul Aussaresses y Alcides López Aufranc, que llegará a pronunciar la frase paradigmática de la contrainsurgencia: “Con la sangre se aprenden muchas cosas”. *La batalla de Argelia (Maarakat Alger)* es de 1966, dura 120 minutos y es una coproducción entre Italia y Argelia. Su director, Gillo Pontecorvo, no hizo mucho más. En 1969, *Queimada*, un buen film sobre temática tercermundista en que consigue a un Marlon Brando en decadencia. Aún no lo había tomado Coppola entre sus manos para llevarlo a las cumbres de *El padrino* y *Apocalypse Now.* Y sobre todo Berto-

lucci, que le dará el papel de su vida en *Ultimo tango en París* (1973). Pero, en 1969, Brando se pone a las órdenes de Pontecorvo y entrega una de sus actuaciones menos caprichosas, menos barrocas. Quiero decir: no se pone gajos de naranja en la boca ni se rapa la cabeza para mojársela interminablemente antes de mostrar su cara como en *Apocalypse Now*, esa cumbre del actor antojadizo, extravagante que busca la aclamación de esa crítica dispuesta a rendirse ante la exterioridad del supuesto "genio". En *Ultimo tango* Brando exhibe su dolor íntimo, se expresa sin artilugios espectaculares y, por fin, conmueve. En 1979, Pontecorvo filma *Operación Ogro,* basada en el asesinato del almirante Carrero Blanco por parte de la ETA y su primera película había sido *Kapó*, de 1960, sobre los campos de concentración alemanes. Mucho, en suma, no hizo. Pero *La batalla de Argelia* permanece como la película perfecta del cine político. Los críticos norteamericanos la definen como *un poderoso grito de batalla para los marxistas revolucionarios*. La cosa es así: en 1964, Yacef Saadi llega a Italia con un guión cinematográfico en su valija. Es sobre la lucha del Frente de Liberación Nacional, del cual fue miembro importante o más que eso. En 1962, Argelia se había liberado. No por la acción del FLN, sino por una gigantesca insurrección de masas que da comienzo el 11 de diciembre de 1960. Transcurren dos años durísimos. Vuelven los atentados. Pero –esta vez– lo que más preocupa a los colonizadores es que la insurrección parte de las masas, cuya ira no se logra detener. Si la liberación de Argelia, la que da han desfilado ante estos soldados que han permanecido inmóviles. El gobierno está reducido a arrojar comandos de provocadores: no han logrado efecto alguno. Cuanto más se acerca la crisis decisiva, menos se hacen posibles los recursos de las armas. La sublevación de toda una sociedad ha sofocado la guerra civil" (*Ibid*). Es admirable la sensibilidad de Foucault para apresar el acontecimiento Irán en toda su pureza, en su honda originalidad. Una rebelión popular. Sin armas. Sin líderes visibles. Pero con objetivos claros. ¿Cómo se logra algo así, qué lo produce? Hay un desarrollo completo de esta temática en *La filosofía y el barro de la historia*, p. 628). Ese aporte de masas que resuelve el conflicto argelino es el que no aborda el film de Gillo Pontecorvo. Sin duda, la lucha del FLN ha contribuido a ese clima de rebelión. Aunque también pudo haberlo aplastado si la contrainsurgencia hubiera introducido un terror insuperable en el pueblo. No fue así. La película termina de modo inopinado. Si siempre tenemos que indagar las condiciones de posibilidad de la rebelión en un mundo cada vez más preparado para sofocarlas y establecer el largo monólogo de los poderosos, no podemos sino buscar las causas de esos fenómenos de masas tan sorprendentes como irrefrenables. No se puede fusilar a doscientas mil personas. Aquí vacila la contrainsurgencia. Pontecorvo se ciñe a desarrollar la lucha del FLN y también las acciones de los paras franceses. Pero, ¿cómo se llegó a ese acontecimiento jubiloso que cierra la película? La imagen es magnífica. Termina centrándose sobre una mujer que salta de alegría en tanto No tienen información que obtener. La lucha que enfrentan ya no es clandestina. Se hace a la luz del día, a pecho descubierto, cada uno protege al otro con su presencia: *no nos pueden matar a todos*. Sobre todo si se ha vencido el miedo. Acaso el nudo que hay que romper sea ése: el del miedo que el poder logra introducir en las conciencias. Hoy es –además– otro: quebrar eso que la ideología del poder ha hecho de nuestras conciencias. Las ha colonizado. Hablamos las palabras del poder. Vemos sus imágenes. Decimos sus verdades. Somos, en la total plenitud de la pasividad mansa, derrotada, el sujeto-Otro. El sujeto que el Otro –el lenguaje mediático del poder– ha hecho de nosotros.

ERIC HOBSBAWM: "UN ERROR ESPECTACULAR"

La batalla de Argelia –desde el inicio– es un film exitoso. En 1966 se presenta en el Festival de Venecia. Los capitostes de la representación francesa intentan retirarla de la competición. Todos los italianos al frente de las relaciones exteriores están de acuerdo. Mas no consiguen –ni unos ni otros– nada. El film se da en el Festival y gana el premio máximo: el León de Oro de la Mostra. Pero el éxito verdadero del film, eso que lo torna histórico, insoslayable, se da en otros ámbitos. En un importante libro de contrainsurgencia editado por el Instituto de Publicaciones Navales, Florida 801, Buenos Aires, que lleva por nombre *Terrorismo y contraterrorismo (comprendiendo el nuevo contexto de la seguridad)*, el coronel norteamericano Russell D.



nacimiento a la nación, se logra el 5 de julio de 1962 es por ese aporte de masas, similar al de la revolución iraní, esa "rebelión de las manos desnudas" que tanto impresionará a Foucault en 1978. (*Nota*: El *Corriere della sera* encarga a Foucault una serie de artículos sobre la revolución iraní. El 5 de noviembre de 1978, publica uno de los mejores: *"Una rebelión con las manos desnudas".* Ahí, ese enemigo de la praxis del sujeto libre se sorprende: las masas salen a la calle a enfrentar a las soldadescas del Chah. Escribe: "Siempre los gobernantes caen con facilidad cuando los pueblos salen a la calle", *Dits et écrits*, III, 1976-1979. Y añade: "Lo que pasa en Irán ha de problematizar a los observadores de hoy en día. No van a reencontrar aquí a China, ni a Cuba, ni a Vietnam, sino un *maremoto* ('*raz de marée*') sin aparato militar, sin vanguardia, sin partido. No van a reencontrar los movimientos de 1968 porque estos hombres y estas mujeres que manifiestan con banderolas y con flores tienen un fin político inmediato". Ese fin es echar al Chah. Hacerlo de un modo no menos que urgente. No pueden esperar. Continúa: "Aquí están las manos desnudas, sin recursos para la lucha armada, con una obstinación y un coraje que inmovilizan al ejército: poco a poco éste se paraliza y vacila en hacer fuego. Hace apenas dos meses dejó entre tres mil y cuatro mil muertos alrededor de la plaza Djaleh; ayer, doscientas mil personas agita una bandera, la de Argelia. En off alguien dice: "Luego de dos años de calma, el 11 de diciembre de 1960 se produce un levantamiento de masas que resulta incontenible para los franceses" (Cito de memoria). En 5 de julio de 1962 nace en Argelia la nación libre, la de los argelinos, la de los colonizados, la de los humillados que ya no lo son, la de los hombres libres, la de los colonos vencidos que ruegan a los paras franceses que no se vayan, que no los abandonen. Todo proceso histórico explicita su complejidad apenas surge. No hay victoria eterna, ni siquiera prolongada. Los sueños se hacen astillas, pero el momento en que se los soñó, en que se luchó para que fueran reales, es eterno. Argelia, no bien se libera, inicia el camino de sus lentos fracasos. La revolución iraní consigue que el Chah entregue el poder el 16 de enero de 1979, poco tiempo después de las primeras rebeliones populares. Pero ese poder cae en las manos despiadadas del ayatollah Khomeini, que era el hombre en el que se creía, el que alentaba las esperanzas de la rebelión, que él volviera, que él se hiciera cargo con el respaldo del pueblo, que se iniciara una nueva aurora, un horizonte apenas entrevisto durante años y más años. No fue así. La crueldad de Khomeini hizo palidecer a la del Chah. No importa. El fenómeno se dio. Como en Argelia. Los franceses son derrotados cuando las multitudes salen a la calle. No pueden torturarlos a todos. Howard y el mayor Reid L. Sawyer compilan una serie de trabajos sobre el tema del libro: terrorismo y contraterrorismo. Nos habremos de detener en el que –por supuesto– tiene más interés para nuestras búsquedas: el de Bruce Hoffman, *Un trabajo repugnante,* referido –como quizá lo sugiera su título– a la tortura en tanto herramienta central del trabajo de inteligencia. Bruce Hoffman es un experto *internacional* en terrorismo y violencia política. Ha escrito una obra ampliamente consultada: *Inside terrorism* (1998). Ha recibido muchos premios. Incluso el del Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (en Valencia, España). Leer a Hoffman no es desagradable. Se lo siente como a un hombre sensible y preocupado por los horrores de la insurgencia y tal vez especialmente de la contrainsurgencia. Porque –me atreveré a decirlo ya– la contrainsurgencia presenta una cuestión que está menos presente en la insurgencia. Al necesitar *información* para hacer su tarea, la tortura es una práctica de la que no reniega ni renegará. Está incorporada y lo seguirá estando. La contrainsurgencia hace mucho que sabe algo: hay que torturar al prisionero para obtener rápido la información. Si en Auschwitz la tortura consistía en agonizar en un campo diseñado para la muerte lenta o para la cámara de gas, no es menos cierto que la tortura era menos esencial. ¿Para qué torturar a un gitano? ¿Para qué torturar a un judío?

Incluso a un disidente político, ¿para qué? Ninguno formaba parte de una organización ramificada en la sociedad alemana cuya finalidad fuera atacarla con bombas o atentados individuales. Se podía torturar por sadismo, situación nunca descartable. Pero la tortura no era una necesidad de la lucha contra el enemigo. En el *lager*, en el *espacio concentracionario*, se estaba para esperar la muerte. La tortura era sufrir frío, pasar hambre, hacer tareas indignas, ser humillado sin cesar y, por fin, ser exterminado. La cámara de gas. La horca. El fusilamiento. Pero, sobre todo, el gas. La contrainsurgencia necesita información. Esa información debe ser veloz y "ninguna consideración de humanidad" (para utilizar esta nefasta y célebre frase de Von Clausewitz) debe entorpecerla. ¿Cómo se aprende la contrainsurgencia? Los grandes maestros han sido los franceses. No los norteamericanos. La célebre *Escuela de las Américas* funcionó en la Argentina como veladura para no percibir con entera claridad la penetración en los cuadros del Ejército de la Doctrina Francesa de la Contrainsurgencia. ¿Dónde había sido vista? Sí: en esa película italiana de Gillo Pontecorvo. Cuando la Jotapé la veía en los cines algo clandestinos o en las unidades básicas la disfrutaba con entusiasmo. Por cada muerto francés, una ovación. Si volaba un entero bar lleno de colonos, de franchutes blanquitos, todos estallaban en aplausos. Era Fanon en acción. Era el Prólogo de Sartre en imágenes. Era la lucha contra el colonialismo. Tal como se la debía realizar aquí. (*Nota*: No se advertía que la Argentina era un país con una clase media próspera, que no vivía una situación colonial sino neocolonial, que nada era lo mismo, que tenía un Ejército mucho más poderoso que cualquier nucleamiento guerrillero y aun que todos ellos juntos. Que estaba además la policía, la gendarmería y hasta las bandas clandestinas, que demostraron ser feroces. Pero el mito de las "masas peronistas" y el otro mito, el del regreso de Perón y el alzamiento que provocaría, alentaban a los jóvenes que respondían al espíritu de la época, el de la violencia, el de la marcha inexorable al socialismo. Raramente se preguntaron las condiciones en que triunfó la Revolución Cubana, por qué el general Giap derrotó a los franceses en Dien Bien Phu y luego en Vietnam, por qué en Argelia recién cuando las masas se sublevaron el régimen colonialista colapsó. Tampoco se preguntaron por el poder de fuego del ejército al que pensaban derrotar. Ni, menos aún, si tenían alguna táctica para enfrentarlos. Veían al Ejército como una fuerza derrotada, retirándose ante el avance de las masas peronistas, las formaciones especiales y el regreso de Perón. Tampoco los impresionó demasiado la caída de Allende. Era un asunto de la CIA, que, entre nosotros, no metería sus narices. Ya vamos a ver cómo el gran historiador marxista Eric Hobsbawm describe todo este proceso con una lógica devastadora, elemental. Sigamos.) Volvemos al trabajo de Bruce Hoffman. Prestemos atención: "Muchas veces les he dicho a los soldados, a los espías y a los estudiantes que si quieren entender cómo combatir al terrorismo miren de *The Battle of Algiers*" (Bruce Hoffman, "Un trabajo repugnante" en *Terrorismo y contraterrorismo*, ed. cit., p 328). *La misma película que veía –como un deber militante– todo cuadro de la Jotapé que se dignase de serlo*. Y no había uno que no quisiera serlo, hacer los deberes, jugarse como correspondía. Un fenómeno excepcional: el film servía para los dos bandos. Lo mismo ocurría con los trabajos de Guevara sobre la guerra de guerrillas, con el *Minimanual del guerrillero urbano* de Carlos Marighella, con *¿Revolución en la revolución?* de Régis Debray [publicado en enero de 1967, en La Habana, que contiene la supuesta infalibilidad de la *teoría del foco* que fue incorporada por el Che: *"Primero se va de lo más pequeño a lo más grande. Querer ir en sentido inverso no sirve para nada. Lo más pequeño es el foco guerrillero, núcleo del ejército popular, y no es un frente el que crea ese núcleo, sino que es el núcleo el que, al desarrollarse, permitirá crear un frente nacional revolucionario"*. Citemos de nuevo al maestro Eric Hobsbawm –en un libro que Edward Said califica como "poderoso e inquietante" y, juro, es altamente inquietante–: "Cuba empezó a alentar una insurrección continental, animada especialmente por Guevara, el campeón de una revolución latinoamericana y de la creación de 'dos, tres, muchos Vietnam'. Un joven y brillante izquierdista francés (¿quién si no?) proporcionó la ideología adecuada, que sostenía que, en un continente maduro para la revolución, todo lo que se necesitaba era llevar pequeños grupos de militantes armados a las montañas apropiadas y formar 'focos' para luchar por la liberación de las masas (...) En toda América latina grupos de jóvenes entusiastas se lanzaron a unas luchas de guerrillas condenadas de antemano al fracaso, bajo la bandera de Fidel, de Trotsky o de Mao (...) *resultaron ser un error espectacular* (...) (Los años setenta) fueron la era más sombría de tortura y contraterror de la historia de Occidente. Este fue el período más negro registrado en la historia moderna de tortura, de 'escuadrones de la muerte' teóricamente no identificables, de bandas de secuestro y asesinato en coches sin identificar que "desaparecían" a la gente (y que todo el mundo sabía que formaban parte del ejército y de la policía, o de los servicios armados y policíacos de inteligencia y seguridad que se independizaron virtualmente del gobierno y de cualquier control democrático), de indecibles 'guerras sucias'" (Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995, pp. 441/ 444)].

EL LLAMADO A LA REVOLUCIÓN MÁS APASIONADO Y ASTUTO JAMÁS REALIZADO

Seguimos con Bruce Hoffman: "Ciertamente, ver la película era un requisito para el curso de posgrado sobre el terrorismo y los Estados liberales que dicté durante cinco años, ya que consideraba las dificultades que las democracias enfrentan para contrarrestar al terrorismo (...). La difunta Pauline Kael, decana de los críticos de cine estadounidenses, siete años después de su estreno todavía parecía embelesada cuando en una crítica de 900 palabras describía la película como 'una epopeya bajo la forma de un *documental*', 'la publicidad revolucionaria más grande de los tiempos modernos' y 'el llamado a la revolución más apasionado y astuto jamás realizado'. Sin embargo, las mejores críticas han provenido de los terroristas –miembros del IRA, de los Tigres de Tamil en Sri Lanka, y de los revolucionarios afroestadounidenses de la década de 1960– que la han estudiado asiduamente" (Bruce Hoffman, *Ibid.*, p. 328). Ahondemos en Pauline Kael. Se queda corto Hoffman. Sin duda es "la decana de los críticos de cine estadounidenses", pero además es una mujer de notable inteligencia, que ve cine como podría mirar un gran cuadro o escuchar a un pianista ejecutar una sublime partitura. De modo que prestemos atención a lo que dice. Dos de las definiciones que da de *La batalla de Argelia* son decisivas: 1) *La publicidad revolucionaria más grande de los tiempos modernos*; 2) *El llamado a la revolución más apasionado y astuto jamás realizado*. Dentro de este clima histórico, bajo el entusiasmo y hasta el deseo de no pasar por la vida sin colaborar con una gran causa, que era, en esos momentos, la de la *revolución*, la de todo lo que esa palabra encerraba: valentía, generosidad, participación y creación de la Historia, vivencia del cambio de los tiempos, caída del mundo de lo viejo, surgimiento luminoso de lo nuevo, la muerte gloriosa, honrada por los compañeros que seguían la lucha, el deslumbramiento de las armas, el desarrollo de la pulsión de muerte pero también del Eros porque se amaba a una causa que era más que uno, que lo trascendía, estremecimiento por sentir la palpitación de los acontecimientos, la clandestinidad, el secreto compartido, el ataque, el repliegue, la opción por los pobres, la rebelión del Tercer Mundo, del mundo de los postergados, la humillación de los poderosos, en medio de este clima se formó la juventud peronista. La generación revolucionaria de los setenta. Raro que alguien vea hoy una película como *La batalla de Argelia*. Raro que la vea en un cine clandestino en que todos sienten que son parte de esa gran aventura: la de la liberación de los hombres. No era fácil escapar a ese embrujo. No era fácil sentir que si uno no estaba ahí no estaba en ningún lado o formaba parte del mundo de los mediocres, de los cobardes. Una de las frases más despectivas que escuché decir durante esos años se la dijo un compañero de filosofía a otro que le dijo que se iba de traductor a la Unesco: "Te felicito. Que triunfes en la vida". No se venía al mundo a triunfar en la vida. Se venía a ponerla al servicio de una gran causa. Se venía a arriesgarla y, si eso tocaba, a perderla. Pero no había planes individuales ¿O tenían planes individuales los protagonistas de *La batalla de Argelia*? La película, sin embargo, era engañosa en un punto medular: *No es el FLN el que gana la batalla que se peleó en Argelia*. Ali La Pointe y los suyos son derrotados. El FLN –pese a todo su coraje y su entrega sin límites– no gana la guerra. El hecho se produce "luego de dos años de calma". Cuando una inesperada y gigantesca muchedumbre gana las calles del país sometido y los franceses se ven obligados a firmar la paz. Este hecho –que la Jotapé no estaba en condiciones de ver– se tornó invisible por una valoración desmedida de las organizaciones armadas. Por creer que la vanguardia eran ellas. Por creer que había una vanguardia. Por sobrevalorar la violencia como herramienta de lucha política. Por deslumbrarse con los fierros. Cuando se veía *La batalla de Argelia* sólo se tomaba en cuenta la lucha de Ali La Pointe, el jefe del FLN, y sus héroes. Pero es en 1957 cuando Ali La Pointe es capturado por el coronel Mathieu (ya diremos su nombre verdadero) y es recién el 11 de diciembre de 1960 cuando las multitudes argelinas ganan la calle y ganan la guerra. La imagen final es grandiosa. Porque es la de una mujer, en medio del pueblo, que salta y agita la bandera de Argelia. No es una guerrillera, es una mujer más del pueblo y es –insistamos– una mujer. Su alegría era contagiosa. Se desbordaba en nosotros, nos emocionaba, hasta nos arrancaba lágrimas y también aclamaciones. Habíamos visto una gran película que narraba la liberación de un pueblo. Pero los jóvenes peronistas olvidaban a esa mujer. O le entregaban un papel de retaguardia. La vanguardia eran los fierros. Los guerrilleros del FLN. La vanguardia –frase de la época– "es el lugar más arriesgado de la lucha". Por eso si "Evita viviera sería montonera". ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Quién podría animarse a decir que si Evita viviera estaría en Madrid con Perón? No, Evita era *guevarizada.* Era foquista. Estaría aquí, en la Argentina, junto a su pueblo, para triunfar o para morir con él. Como sea, la película de Pontecorvo fue esencial para la militancia. Para todos. Para los clandestinos y para los de superficie. *La batalla de Argelia* era, sencillamente, irresistible.

También lo era para los escuadrones de la muerte.

PROYECTO: LA PREPARACIÓN DEL EJÉRCITO ARGENTINO PARA LA CONTRAINSURGENCIA

En el próximo capítulo nos detendremos a estudiar el asesoramiento que la feroz Escuela Francesa otorgó a los militares argentinos. Nos centraremos en el gran documental de Marie-Monique Rubin: *Los escuadrones de la muerte*. Veremos a Díaz Bessone, a López Aufranc, a Harguindeguy decir frases asombrosas. También al francés Paul Aussaresses. Porque Marie-Monique Rubin se les presenta como una periodista de extrema derecha. Y porque les pone una cámara secreta que filma lo que esos hombres jamás habrían dicho públicamente. ¿El propósito? Mostrar hasta qué punto el Ejército Argentino estaba preparado –tempranamente preparado– para lo que adivinaba fácilmente venir: una confrontación directa con la contrainsurgencia. Aumentó su poder de fuego –que era considerable– con una habilidad para las tareas de contrainsurgencia exquisitamente enseñada por los franceses y apasionadamente aprendida por los argentinos. Que despreciaban a la Escuela de las Américas. "Los norteamericanos estaban celosos", dirá López Aufranc, el conde, siempre con una sonrisa cínica jugueteando entre sus labios. Y aprenderán –sobre todo– el arte cruel de la tortura. Ese que el general Mathieu, en un gran momento de *La batalla de Argelia*, defiende con frialdad, con precisión. Es cuando un periodista le informa que se dice en París que el Ejército francés, en Argelia, tortura. "Dígales a los dicen eso" (contesta Mathieu) que deben formularse una pregunta previa: si quieren o no que Francia se quede en Argelia. Si contestan que sí que no me pregunten entonces por los medios que utilizo para lograrlo". Posiblemente Díaz Bessone o Videla o López Aufranc habrían respondido lo mismo: "Hay una pregunta previa a todas. ¿Quieren que derrotemos a la subversión? Si lo quieren, no nos pregunten por los medios que utilizamos para lograrlo". Podrían haber agregado: "Sólo algo podemos decirles: utilizamos los mejores". Sí, los de la Escuela Francesa. Si alguien, aún, se pregunta a qué viene todo esto, la respuesta es sencilla: conocer el poder del verdadero enemigo al que se enfrentaban los peronistas revolucionarios. Porque ellos parecieran no haberlo hecho o haberlos valorado muy deficientemente.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información" (III)